

XIII

La estrategia de Mateo

Mateo, era pues, un republicano puro, un radical con el cual no había que gastar bromas. Con la frente medio cubierta por la peluca rubia, meneaba la cabeza animadamente en los clubs, como una hacha de rojiza luz. Siempre era partidario de los procedimientos radicales y apoyaba todas las proposiciones que podían producir desórdenes en la ciudad. Concluyeron por tenerle respeto y temor, y escuchaban sus consejos con medrosa admiración. El día que siguió á las elecciones, no habló ni más ni menos que de incendiar á Marsella. Esto le dió gran popularidad entre los liberales exaltados.

Con frecuencia se tropezaba con Felipe, pero evitaba intimar con él; contentábase con vigilarle desde lejos y tomar nota de las calurosas palabras que á veces soltaba. Hubiese querido verle mezclado en alguna conspiración. Mientras el joven limitábase á declamar en los clubs y á asistir á los banquetes, á las manifestaciones populares, nada podía contra él. Por esto impelía á la guerra, á las barricadas.

Esperaba que, al primer fusilazo, Felipe bajaría á la calle, se batiría y que le condenarían como rebelde.

Además, la guerra civil entraba en los cálculos de Mateo: en una insurrección, mientras mataban ó apresaban á Felipe, era fácil apoderarse del niño, y así habría cumplido su promesa.

Tres meses habían transcurrido, y Cazalis se impacientaba.

Una noche Mateo entró en el gabinete del exdiputado, y dijo:

—Me parece que mañana nos batiremos. Tal vez los marseleses no se hubieran nunca atrevido, pero la visita de algunos parisinos les animó.

—¿Y qué quieren los obreros?

Mateo entonces le explicó la situación, que era gravísima. El mayor peligro procedía de los obreros de los talleres nacionales, cuya creación, en Marsella, debía acarrear desgracias sin remedio. Después del decreto del gobierno provisional, los únicos trabajos que se pudieron confiar al pueblo, fueron los de terraplenes necesarios para el canal, entonces en construcción, el cual lleva hoy día las aguas de la «Durance» á la ciudad. Allí había una multitud de trabajadores, empleados indistintamente en una tarea diferente de sus especiales oficios, que maldecían casi todos el pan que ganaban, manteniendo así un foco eterno de rebelión.

El día 20 de Junio, víspera de aquel en que Mateo refería lo dicho á su amo, se habían reunido los delegados de las corporaciones para discutir acerca de la oportunidad de una gran manifestación.

—Los delegados,—dijo Mateo,—me parecen prudentes, pero los obreros están demasiado irritados para no escucharles. Ya veréis cómo estallará la insurrección.

—¿Has tomado bien tus medidas?—preguntó Cazalis.—¿Estás seguro de que Cayol se comprometerá y podrás apoderarte del niño?

—Estoy seguro: nada temáis.

Mateo se retiró y fué recorriendo las calles para escuchar lo que decían. Una voz que iba cundiendo, le turbó: decían que el comisario del gobierno no parecía hostil á la manifestación, que no le desagradaba que á ella acudiese el pueblo.

Mateo se acostó desesperado.

Levantóse temprano, y fué á rondar cerca del palacio del gobernador. Era el 22. Veíase el edificio rodeado de tropas.

Mateo se alegró y dijo para sí:

—En seguida voy á buscar á los obreros.

Corrió al baluarte Chave, donde debía celebrarse otra reunión de delegados. Algunos declararon que los obreros por ellos representados habían ido al trabajo, como de costumbre. Mientras se retiraban aquellos hombres pacíficos, los que á todo trance querían la manifestación, excitados por Mateo, arrastraron á sus compañeros.

Formóse un núcleo, que fué siempre creciendo y acabó por ser una muchedumbre. El pueblo estaba lanzado, y no podía ya detenerse.

Quiso dar noticias á Cazalis como se lo había prometido. Tenía que pasar delante la casa de los Cayol, y vió salir, apresuradamente, á Josefina, llevando en brazos á José. los trajes de hombre, á los que el pueblo parecía obedecer. Púsose á seguir á la joven.

Ella bajó por la calle Breteuil, subió por la Cannebière hasta la plaza Real y se metió por las callejuelas de la ciudad antigua.

Mateo iba siempre detrás. Llegaron á la plaza de los Huevos. Allí desapareció Josefina en una casa, y Mateo quedó perplejo, tratando aprovechar de algún modo la precaución tomada por los Cayol.

Desde la víspera, Mario, avisado por su hermano de los desórdenes que podían ocurrir en las cercanías del palacio del gobernador, había resuelto no dejar á José en la casa de la calle Bonaparte. Tenía vagos temores, no bien determinados.

Los dos cónyuges eligieron, para refugio del niño, el antiguo y reducido domicilio de la ramilletera, en la plaza de los Huevos, ocupado aún por su hermano Cadet.

Mateo, después de dar dos ó tres vueltas debajo de los árboles, acercóse á un puesto de guardias nacionales, que estaba en un rincón de la plaza. Aquellos hombres pertenecían á una compañía republicana. El espía lo vió en seguida.

—Van á batirse, creo, delante de Gobernación,—dijo al teniente.

El teniente hizo como si nada hubiese oído.

—Este sería buen sitio para hacer barricadas,—continuó.

El teniente miró á su alrededor con complacencia, y acabó por hablar.

—Sí, sí,—dijo,—no habría más que tapar algunas calle-

juelas. Los obreros son nuestros hermanos, y contra ellos no lucharemos.

Mateo, al cual el teniente tomaba por trabajador de terraplenes, le estrechó la mano con fuerza y se alejó corriendo. La casualidad servía sus proyectos: ya tenía todo el plan formado. Llegó jadeante á casa de Cazalis.

—Todo va bien,—gritó,—respondo del triunfo.

Notó que el exdiputado llevaba puesto un uniforme de guardia nacional.

—¿Por qué ese disfraz?—preguntó con sorpresa.—Iba á aconsejaros no salir á la calle.

—No puedo quedarme inactivo,—respondió Cazalis;—estoy demasiado impaciente, quiero ver por mí mismo... Bajemos.

Bajaron, y Mateo refirió lo que había sucedido en la mañana. Acercándose á la Gobernación, oyeron un ruido sordo y terrible, el rugido naciente del motín.

XIV.

El motín

Mientras Mateo seguía á Josefina é iba á avisar al señor Cazalis, la columna de obreros bajaba hacia la Cannebière. Esta columna, procedente de la estación del ferrocarril, estaba compuesta á lo más de algunos centenares de trabajadores; pero avanzando, reclutaba al pueblo que encontraba á su paso. Hombres y mujeres, la población flotante de las calles, iba arrastrada por aquel torrente, que se precipitaba desde las alturas de Marsella. Desembocando la manifestación desde la calle Nuailles, extendióse por el Corso como una ola aterradora. Allí había millares de cabezas que se agitaban con ancho balanceo, semejantes á un océano humano.

Un ruido sordo, confuso, parecido á la ruda voz del mar, corría por entre las filas de aquella multitud. Además, tenía una calma espantosa. Adelantábase, sin levantar un grito, sin cometer un desperfecto, muda y sombría. Caía, rodaba sobre Marsella, parecía no tener conciencia de sus actos y obedecer á las leyes físicas de caída precipitada. Una peña enorme, lanzada desde la llanura, así habría rodado hasta el puerto.

En las filas dominaban las blusas blancas y azules. Había también faldas de mujer de vivos colores. De trecho en trecho, aparecían las manchas negras de las levitas, de los trajes de hombre, á los que el pueblo parecía obedecer. Y la multitud descendía la Cannebière, corriendo en-

tre las casas como agua viviente, llena de reflejos de varios colores, con rugido amenazador.

En la primera fila, en el centro de un grupo de obreros, andaba Felipe con la cabeza erguida, y la mirada resuelta.

Al entrar la columna en la calle de San Ferreol, hubo un ligero tumulto; se detuvo uno ó dos minutos, y luego volvió á reanudar la marcha.

En la esquina de una callejuela lateral, los obreros del primer grupo vieron á un hombre pequeño y delgado, el cual esperaba á la columna. Era Mario. Colocóse al lado de Felipe y siguió andando con los amotinados. Los dos hermanos cambiaron una expresiva mirada y nada más.

La ola humana siguió hasta la plaza de San Ferreol. A algunos metros de la plaza, un cordón de tropa cerraba la calle. La multitud carecía de armas y las bayonetas relucían al sol.

Murmullos de cólera y de sorpresa corrieron entre los primeros grupos, extendiéndose hasta el extremo de la columna, que estaba en la Cannebière.

Los obreros decían que pretendían degollarlos, que la manifestación había sido autorizada para matarlos á todos con más facilidad.

Mientras estos murmullos iban creciendo, cuatro delegados salieron de los grupos, pidiendo ser introducidos á la presencia del comisario del Gobierno, como había sido concertado la víspera. Acababan de desaparecer detrás de la línea de los soldados, cuando se produjo un hecho que tuvo sangrientas consecuencias.

El extremo de la columna, oyendo hablar de tropa armada, de bayonetas, y de matanza, imaginó que los obreros del primer grupo estuvieran degollados. Obedeciendo al movimiento irresistible de aquella masa de hombres, el grupo que rodeaba á Felipe tuvo que avanzar algunos pasos. Con los brazos cruzados sobre el pecho, para demostrar que no tenían pensamiento hostil, los obreros llegaron delante de los soldados. Viéndoles aproximarse, un oficial perdió la cabeza y mandó cruzar bayonetas.

Hubo un tentativa desesperada para retroceder, pero inútil: forzosamente los obreros fueron impedidos contra las puntas de las bayonetas.

El general que mandaba las tropas, hizo un ademán de

desesperación y dió la orden de levantar las armas: en aquel momento cuentan que una voz gritaba desde la plaza de San Ferreol:

—¡Pinchad, pinchad á esos canallas!

Desde las ventanas de un círculo aristocrático, unos caballeros aplaudían, viendo correr la sangre del pueblo.

A la orden del general, los soldados levantaron las bayonetas, retrocediendo lentamente. La multitud se detuvo, viéndose sin armas. De un extremo á otro, un estremecimiento sacudía la columna, que, fraccionándose, se dirigió á las calles laterales gritando:

—¡Venganza, venganza! ¡asesinan á nuestros hermanos!

Los obreros se alejaban buscando armas, sembrando el espanto y la cólera.

Cazalis y Mateo bajaban por la calle Bonaparte. El espía detuvo á un transeunte y le preguntó qué era lo que pasaba. El hombre contestó:

—Señor, se están matando; los soldados arrollaron al pueblo... ahora el pueblo pegará fuego á la ciudad: esto es casi seguro.

Y se fué corriendo.

—¿Qué os decía?—dijo Mateo á Cazalis.—Las circunstancias nos favorecen.

—¿Qué harás ahora?—preguntó el exdiputado.

—Muy sencillo. El pueblo está loco y se batirá donde yo quiera. Me falta tiempo para explicar el medio de que me valdré para satisfaceros. Ya que estáis disfrazado de guardia nacional, mezclaos con la tropa, que atacará una barricada donde yo sé.

—¿Para qué?

—Para verme trabajar. Si veis á Felipe á vuestro alcance, matadle en seguida.

Mateo se alejó rápidamente. En la calle Grignan, notó en la acera á los hermanos Cayol, que hablaban con animación. Mario decía:

—Ya ves: la insurrección que se prepara va á fracasar; un buen patricio debe evitar el derramamiento de sangre, sobre todo, siendo contrario al bien general. Mejor sirvo ya á la patria predicando la paz.

Felipe respondió:

—Han querido asesinar á nuestros hermanos y, queremos vengarnos. No me digas nada. Es inútil.

Se oyeron resonar tiros hacia el extremo de la calle San Ferreol.

—¿Oyes? allá voy. Si me matan, te recomiendo á José. ¡Adiós!

—Voy contigo,—dijo Mario tranquilamente. Cuando los dos jóvenes llegaron á la calle de Roma, la lucha estaba en su apogeo.

Mateo había llevado á los obreros hacia aquella calle. Pasaban tres carretas vacías. A pesar de los gritos del carretero, Mateo, el jefe improvisado del motín, mandó desenganchar y dijo:

—Llévate los caballos... el pueblo necesita las carretas.

Luego, dirigiéndose á los obreros y enseñándoles la calle de la Salud, que estaba enfrente, añadió:

—¡Pronto, derribad esas carretas y colocadlas á través de la calle!... Buscad en las tiendas vecinas, á ver si encontráis algo para reforzar la barricada.

En cinco minutos fué levantada. Componíase únicamente de las tres carretas y de algunos toneles vacíos.

Un silencio de muerte reinó luego: los obreros, de bruces en el suelo, esperaban. De pronto oyeron los pasos de una compañía, que apareció en la esquina de la calle de Roma. El capitán Sauvire que iba á la cabeza, se detuvo delante de la barricada. Una granizada de piedras cayó sobre los guardias: algunos quedaron magullados.

La compañía retrocedió. Un comisario salió de los grupos é hizo las intimaciones legales, en medio de un profundo silencio. Los insurrectos, agotada su provisión de guijarros, arrancaban los adoquines, preparándose á la lucha, sin escuchar las intimaciones.

Mientras se levantaban, el comisario se retiró, los fusiles se bajaron y una lluvia de balas pasó por encima de la barricada, pero no quedó nadie herido.

Mateo no estaba exento de terror. Mejor que cualquier otro, sabía que la barricada sería tomada tan pronto como quisiesen los guardias nacionales. Si caía en sus manos, todo estaba perdido.

Durante cinco minutos quedó inmóvil en su escondite. Continuaban los tiros. Sin embargo, uno de los obreros se decidió á arriesgarse al centro de la calle, para renovar la provisión de piedras.

Escurióse detrás de la barricada, aprovechando todo lo que podía ampararle.

—Si aquel hombre,—pensaba Mateo,—pasa por delante de la brecha que le he dejado abierta, será cadáver en el acto: esto necesito yo.

El obrero, muy tranquilo, arrancaba los adoquines. Mateo le llamó con ademanes enérgicos. El hombre, sin desconfianza, creyendo que el jefe tenía algo importante que comunicarle, volvió á deslizarse á lo largo de la barricada. Llegó el momento fatal; encontróse frente el agujero. Ocho ó diez balas penetraron en su cuerpo, lanzándole al suelo. Retorciéndose atrozmente, quedó luego inmóvil.

Mateo entonces levantó un grito terrible, y los insurrectos, furiosos, se echaron al centro de la calle.

Cesó el fuego, pues los gendarmes creyeron que se rendían. El espía aprovechó la ocasión para apoderarse del muerto. Llamó á los obreros, cargóle sobre sus hombros y, poniéndose á la cabeza, gritó:

—¡Venganza! ¡La guardia dispara sobre hombres desarmados!

El grupo que conducía el cadáver, huyó por la calle de la Salud. Entonces llegaron los Cayol, encontrándose con la compañía de la guardia, que se estacionó entre los destrozados de las tres carretas.

Mario, reconociendo á Sauvairé, se le acercó para pedirle informes. Este le respondió:

—¿Comprendéis? unos canallas que nos atacan á pedradas. Ni fusiles tienen esos imbéciles.

—¿Pero qué ha pasado?

—Hemos matado á uno. Detrás de esas carretas había dos ó tres centenares de hombres, mil tal vez. Hemos vencido, después de una encarnizada lucha que duró una hora.

Mario fué á reunirse con su hermano.

—¿Qué ha pasado?—preguntó Felipe.

No respondió en seguida. No podía ocultar la muerte del desgraciado trabajador y vacilaba, previendo un terrible arrebato. Dieron algunos pasos en silencio.

—No respondes,—dijo Felipe sombríamente.—Detrás de las carretas hubo cadáveres, ¿no es cierto?

—Un obrero murió, uno solo.

—¿Qué importa el número?—interrumpió con violencia

el republicano.—Ahora está trazado mi deber... La lucha es inevitable... No exigirás que me quede tranquilamente en casa: sería un cobarde si tal hiciera... Demasiado vacilé; voy á reunirme con los que he jurado defender, si les atacaban.

Los dos hermanos, hablando, habían llegado á la calle San Luis. Una inmensa multitud los detuvo; allí resonaba el trueno del motín.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE TRUJANO MONTERREY, MEXICO

XV

En que Mateo concluye de echarlo todo á perder

Los delegados, que habían logrado penetrar hasta el comisario del Gobierno, no pudieron alcanzar de él más que una carta en que daba satisfacción al deseo de los obreros de no trabajar más que diez horas cada día, pero llegaba tarde. Por más que los delegados la enseñaran á los grupos que encontraron, la palabra venganza sonaba en todos los labios, el pueblo declaraba que la sangre pedía sangre.

Además, como generalmente acontece, el mayor número ignoraba las causas de la lucha que se preparaba. Nada sabía gran parte de la población acerca del objeto del motín; en la atmósfera flotaba rabia y terror, y esto era todo. Mientras tocaban la llamada en las calles y los guardias nacionales se apresuraban á ocupar sus respectivos puestos, cada cual se interrogaba á sí mismo no sabiendo cual era el enemigo contra el cual se armaba. Una compañía

compuesta de mozos de carga, rehusó ponerse en marcha, habiendo oído decir que el enemigo era el pueblo; á pesar de las esperanzas, que tal vez se habían concebido, esos obreros no querían tirar sobre sus iguales.

Rebelábase el pueblo: he aquí la única certidumbre que cundía entre la multitud. ¿Por qué se rebelaba, qué quería? Nadie hubiera podido responder. Ya los mismos obreros no obedecían á los motivos que les habían llevado delante la Gobernación, dejábanse arrastrar por la cólera.

La plaza Real, que desde Febrero llamábase plaza de la Revolución, llegó á ser el centro del movimiento.

Algunas compañías republicanas tenían allí su plaza de armas. Tan pronto como la noticia del combate, que acababa de tener lugar en la barricada de la calle de la Paz hubo cundido entre los grupos estacionados en la calle y la Cannebière, se dirigieron los obreros en tropel hacia aquellas compañías republicanas y preguntaron si iban también á marchar contra ellos.

El general de la guardia hizo una tentativa. Metióse entre los obreros agolpados, con el objeto de apaciguar los ánimos por medio de palabras conciliadoras. Tan pronto como apareció lo rodearon grupos irritados, injuriándole y acusándole de todas las desgracias de aquella mañana. No se inmutó ni trató de defenderse: limitóse á prometer todas las posibles satisfacciones, suplicando al pueblo que no causara desgracias mayores.

Pero fué preciso que las compañías republicanas acudiesen en su ayuda.

Luego apareció un oficial de policía é intimó á la muchedumbre á dispersarse. Una compañía cerró la Cannebière en toda su anchura, otra se colocó en la acera izquierda. El movimiento nada provechoso produjo.

Los hombres que llevaban el cadáver del obrero muerto en la barricada, con Mateo á la cabeza, acababan de desembocar de la calle de Aubagne. Todos los que seguían gritaban desafortadamente:

—¡Venganza, venganza!

Aquel espectáculo hizo enfurecer á la multitud. Sabía Mateo que en la calle y la Cannebière debían estar atestados de gente, y por esto guió allá el fúnebre acompaña-

miento. Atravesó la línea de los guardias nacionales, entrando en la plaza de la República.

Más terrible aun fué allí el efecto que produjo.

Entonces Mateo dejó perderse la comitiva en la ciudad antigua y volvió rápidamente hacia la calle de San Luis.

Atravesando esa calle, había notado en un café algunos guardias que allí se habían refugiado para no ser acuchillados por el populacho.

Ya suelto en la calle, mezclóse con los grupos irritados por la vista del fúnebre acompañamiento y dijo señalando á los guardias:

—Son nuestros enemigos. ¡Muera la guardia nacional!

El grito fué repetido entre la multitud que se lanzó al café. Mateo gritaba:

—Necesitamos fusiles ¡tomémoslos!

Hacia un cuarto de hora que Felipe y Mario se encontraban á la entrada de la calle de Roma.

—¡Mira!—exclamó Felipe viendo que pasaban el muerto.

Cuando los guardias prepararon armas, desde el café, contra el pueblo, Cayol, sin hablar, corrió con el populacho á asaltar el café.

El, y Mario que no le había abandonado nunca entró también, casi al propio tiempo que Mateo. Las salas de arriba quedaron invadidas en un instante.

Los guardias no opusieron resistencia: los primeros que entraron les quitaron las armas.

Felipe habíase apoderado de dos fusiles: ofreció uno á su hermano.

Este rehusó, diciendo:

—Yo no peleo contra franceses.

Los insurrectos que se habían provisto de fusiles desarmando á los guardias, corrieron á mezclarse con las compañías republicanas. Detúvose Felipe delante de la Tonda de los Emperadores, á pocos pasos de Mateo.

En aquel momento el general hacía la tentativa de conciliación. El pueblo, engañado, veía en él la causa de todas las desgracias. Mientras pasaba delante de la fonda de los Emperadores, unos hombres cogieron su caballo, un grupo se formó en su alrededor, insultándole y amenazándole. Algunos guardias trataron inútilmente de abrirle paso:

Mateo miraba si el fusil que había tomado estaba cargado.

Ocultóse detrás de la multitud y tiró sobre el general: Levantóse un clamoreo. La bala le había tan sólo rozado la mejilla.

Otros tiros sonaron y cundió el pánico. Los insurrectos se alejaron gritando:

—¡A las barricadas! ¡a las barricadas!

Dispersáronse las compañías entre el torrente que las arrastraba. En menos de dos minutos la Cannebière y el Corso estaban desiertos.

Retiróse el general pálido y triste. Mateo había desaparecido como por encantamiento. Felipe, enojado, en vano había acudido al punto donde una ligera nubecilla de humo delataba la presencia del asesino: no había podido distinguir más que una forma vaga, que se inclinaba y huía.

Ya vacía la encrucijada, y tocándose la llamada en medio de las calles, Mario arrastró á su hermano por el lado de la plaza de los Huevos. Allí ocultábase su dicha. Entrando en la calle Mayor, vieron unos grupos de obreros que ocupaban la plaza y levantaban barricadas. Mario ahogó un grito de angustia.

Eran cerca de las doce del día.

XVI

Las barricadas de la plaza de los Huevos

Mientras un loco terror llevaba y dispersaba á la multitud, Felipe y Mario habían quedado algunos instantes cerca de la fonda de los Emperadores, amparados por el hueco de una puerta, para no ser arrastrados por la ola de los fugitivos.

Felipe sentía rebelarse en su pecho todos los sentimientos de lealtad recordando el cobarde asesinato, que acababan de intentar en la persona del general, y su hermano, que en su rostro leía la indignación, prometiase aprovechar tal circunstancia para ensayar, por última vez, de arrancarlo á la guerra civil.

Estando solos, preguntó:

—¿Sigues queriendo hacer causa común con esos traidores?

—En todos los partidos hay canallas,—contestó Felipe con voz sorda.

—Lo sé, pero una insurrección es fatalmente condenada, cuando empieza bajo tan tristes auspicios. Te lo suplico, vente conmigo, no te comprometas más. Josefina y el niño están refugiados cerca de aquí; vamos á reunirnos con ellos.

Y echaba á andar. Felipe lo seguía callando.

Llegaron los hermanos á la calle Mayor y, en la plaza de los Huevos, vieron á una multitud de obreros, que formaban apresuradamente barricadas.

Detúvose Mario desesperado. Josefina y el niño iban á encontrarse en medio de la insurrección, y Felipe, sin duda alguna, se batiría.

Este le dijo:

—¿Ves? la casualidad me lleva hacia los que habíá jurado defender... me batiré por la libertad y velaré por mi hijo.

Pasó por encima de los primeros obstáculos y se encontró en medio de los obreros, que le estrecharon calurosamente la mano. Mario subió corriendo á la habitación donde estaba su esposa con el niño.

El puesto de guardias nacionales ya se había retirado en silencio, pues ni querían asistir á la erección de las barricadas ni pelear contra los obreros.

Ya era suya la plaza, pero les faltaban materiales para levantar una barricada alta y sólida.

Mateo buscaba con la vista á Felipe y á Mario.

—Ya caeréis en la ratonera,—pensaba el bribón.

Los vió entrar pues en la plaza, á Mario subir á casa de Josefina, y á Felipe mezclarse entre los obreros.

Púsose á rondar próximo á Felipe.

Poco á poco, los insurrectos habían amontonado en la plaza bastante cantidad de materiales.

Las dos barricadas principales fueron construídas á la entrada de la calle Mayor, por el lado del Corso, y á la de la calle de Requis-Novis. Cuatro barricadas menos importantes fueron construídas á través de las calles Vieja de los Cueros, Luna Blanca, Vieja Ceca y Luna de Oro. Una sola quedó libre, la de las Marquesas, para dejar á los insurrectos un pasaje necesario á la calle Belzance, plaza de los Predicadores, y las callejuelas estrechas y torcidas de los antiguos barrios, por donde esperaban huir en caso de derrota.

Mientras Felipe trabajaba con los otros, oyó una voz, que le preguntaba con acento irónico:

—¿Queréis que os ayude, amigo?

Levantó la cabeza y reconoció á Girousse.

Aquel hidalgo original, de corazón democrático, no vela con desagrado el movimiento popular; una sola cosa le chocó: el disparo contra el general.

Felipe lo miraba asombrado. Llevaba el conde debajo del brazo un enorme sable mohoso,

—¿Qué, sois de los nuestros?—preguntó el joven.

—Este sable me ha sido confiado para defender la libertad,—dijo el conde.—El que me lo dió me ha hecho jurar clavarlo en el cuerpo de los enemigos de la patria. Creo que no cumpliré el juramento, pero me sienta bien esta arma debajo del brazo.

—Aquí no estáis bien, conde,—replicó Felipe.—Se me ocurre que presenciáis la erección de las barricadas como los patricios romanos presenciaban en el Circo la muerte de sus esclavos.

—Tal vez estéis en un error.

Luego volvió á la plaza y encontró á Mario.

—Vuestro hermano,—le dijo riendo,—me aconseja retirarme. Tiene razón. Escondedme en alguna parte.

Mario lo hizo subir á la casa donde estaba Josefina y el niño.

Colocóse el conde en el descansillo del tercer piso, delante de una ventana que daba á la plaza.

Mario había bajado para suplicar á Felipe que subiese un momento á fin de dar valor á su esposa y al niño, que se morían de miedo.

Felipe se lo prometió.

Concluídas las barricadas, recomendó á los obreros hãcer ocupar las casas más próximas. Esperaba que retrocederían los sitiadores, si se podían abrumar con una lluvia de proyectiles desde las ventanas y los tejados.

Asegurándose Felipe que habían tomado tales disposiciones, fué á reunirse con su hermano. Logró dirigir él mismo á los hombres, que ocuparían la casa de Cadet.

Esta casa formaba la esquina de la calle Mayor y de la plaza de los Huevos, á la derecha, entrando por el Corso.

Preveía Felipe que la barricada atacada con más vigor sería la de la calle Mayor, y recelaba los peligros que correrían las personas allí refugiadas, durante la lucha.

Allí no dió entrada más que á hombres enteramente adictos, y les hizo jurar defender la puerta hasta el último respiro.

Después de haberlos colocado sobre el tejado y en las ventanas, volvió al descansillo, donde encontró al señor Girousse, el cual le indicó una puerta.

—Os aguardan,—le dijo.

Mientras Felipe tomaba esas disposiciones, Mateo había

vuelto á subir á la escalinata, que estaba en el otro lado de la plaza.

Había visto al republicano asomado á las ventanas, y su silenciosa sonrisa de pillo reapareció como una mueca en sus labios.

XVII

Lo que el previsor Mateo no había previsto

Poco hablaron; pero estaban muy conmovidos todos. Felipe cogió á José y lo sentó en sus rodillas. Experimentó entonces un imprevisto enternecimiento.

—Os lo confío,—dijo á Josefina y á Mario.—Tal vez no vuelva á verlo, pero sé que tendrá padre y madre.

Mario calló. Comprendía que su hermano imaginaba cumplir un deber, y nada le dijo ya para detenerlo.

Josefina lloraba á lágrima viva.

Pareció Felipe hacer un esfuerzo para arrancarse de aquella estancia, donde cerníase una muda desesperación. Quiso huir de la tierna cobardía que de él se apoderaba: dió un último beso á su hijo y volvió á colocarlo en las rodillas de Josefina. Luego, andando con paso febril, como para sacudir sus pensamientos, se dirigió á la ventana que daba á la calle Mayor.

Entonces volvióse hacia la joven; después de haber mirado afuera.

—No debéis quedar en aquella silla,—dijo.—Colocáos al otro lado, lejos de la ventana. Aquí pueden penetrar las balas.

Detúvose y no pudo refrenar un grito:

—¡La guerra es maldita! ¡Con ansia la llamé, y ahora hace peligrar á los que amo tanto!

Apretábase la frente con desolación. Iba á estallar en nerviosos sollozos, y dijo con voz bronca, andando hacia la puerta:

—¿Vienes, Mario?

Estando en el umbral, echó una última mirada á Josefina y al niño.

En el descansillo encontraron al señor Girousse, el cual parecía ocultarse mirando afuera.

—¿Conocéis á ese feo pajarraco?—preguntó indicando á Mateo.

Luego continuó:

—Hace media hora que estoy observando sus movimientos. No aparta la vista de esta casa: malas intenciones debe llevar.

—¿Es el hombre de pelo rubio?—preguntó Mario.

—Ese mismo,—replicó el conde.—Yo tengo un olfato especial para adivinar á los pillos.

—Yo conozco á ese individuo,—dijo Felipe.—Es un republicano exaltado. Le he oído decir cosas incendiarias... Confieso que siempre me ha sido antipático... Es cierto; está mirando todavía hacia este lado.

Una vaga desconfianza se apoderó del joven. Sospechó que Mateo sería tal vez un agente provocador, que impulsaba á los obreros á resoluciones extremas para entregarlos después á la policía.

Otros temores tenía Mario, pero no se atrevía á formularlos.

—Bajemos,—dijo á Felipe.—Es preciso saber por qué está mirando esta casa.

Se pasearon en la plaza por diez minutos, vigilando á Mateo y fingiendo ocuparse de otra cosa.

Cuando Mateo vió á los dos hermanos, abandonó la escalinata, aparentando un aire bonachón.

Tenía ganas de subir en seguida, poner una mordaza á Josefina y llevarse al niño. Lo que le apuraba era su peluca rubia, que le quitaba la libertad de acción; con aquel disfraz era imposible llevarse á un niño en los brazos. Felipe y Mario, viéndolo mirar en su alrededor recelosamente, adquirieron la certeza de que el señor Girousse no se

había engañado. Lo vieron entrar en una casa, y poco después salió de la misma Mateo, pero sin peluca.

Felipe lo reconoció en el acto.

—¡Canalla! es el espía, el mandatario, el corchete de Cazalis, el que trató robar á José en la casa de Ayasse.

—Los minutos son preciosos,—dijo Mario.—Cazalis no debe estar lejos. No podemos hacer arrestar á ese hombre acusándolo de un rapto, que todavía no ha cometido.

—Espera,—dijo el republicano:—tengo una idea.

Felipe corrió hacia un grupo de obreros, que le eran enteramente adictos. Les habló en voz baja y volvió á reunirse con Mario.

—Mira,—dijo;—está ya cogido.

Los obreros empezaron por dispersarse, y después, uno tras otro, rodearon á Mateo. Este, muy descuidado, los miraba tranquilamente.

Uno de los obreros, dijo:

—Este ciudadano no me es desconocido

Otro, preguntó:

—¿Qué habéis hecho de vuestra peluca?

Todo el grupo aulló:

—¡Es un falso hermano, es un traidor!

Este grito cundió en la plaza, aumentándose rápidamente el grupo que rodeaba á Mateo. Uno de los insurrectos lo registró, encontrando la peluca rubia. Todos gritaron que era un agente provocador, que era preciso colgarle.

Mateo temblaba como un azogado. Felipe intervino, diciendo:

—Amigos, no lo matéis: basta con guardarlo de vista, tal vez nos sea útil más tarde... Pero, si trata de huir, metedle una bala en la cabeza.

Los obreros se apoderaron de Mateo y lo encerraron en un tenducho; uno de ellos quedó en la puerta con el fusil preparado.

Las reflexiones del prisionero eran bastante tristes, pero como ignoraba que Felipe lo había reconocido, no se desesperaba del todo. En el ataque de las barricadas, pensaba, que ya encontraría el modo de escapar.

Después del arresto de Mateo, reinó un silencio profundo.

De improviso, los que guardaban la barricada de la ca-

lle Mayor, vieron avanzar á dos personas, que penetraron en la plaza. Eran Martelly y el padre Chastanier. El armador corrió al encuentro de Felipe, y le dijo:

—¡Por compasión, si alguna influencia tenéis sobre esos hombres, apartadlos de una lucha fratricida!

—Hijo mío,—murmuró el sacerdote,—os suplico evitar el derramamiento de sangre.

—Ya no está en mi poder hacerlo,—respondió Felipe.—Están irritados, me escuchan solamente si les hablo de venganza. Ensayad vos mismo.

Poco á poco los obreros se habían aproximado. A ellos se dirigió Martelly, diciendo:

—Amigos, estoy encargado de anunciaros que serán cumplidos vuestros deseos: acabo de ver al comisario del gobierno.

Resonaron estas palabras en medio de un silencio aterrador. Después de un minuto, toda aquella multitud, como un solo hombre, gritó:

—¡Es demasiado tarde!

El padre Chastanier agotó en vano toda su elocuencia, y lo mismo pasó al armador.

Los dos volvieron desesperados al lado de Felipe, el cual hubiese deseado verles alcanzar su objeto, pero no se atrevía á secundarlos.

—Os había avisado,—dijo—que toda tentativa pacífica es inútil. El pueblo quiere batirse y se batirá. Dejados plir con nuestro deber.

Detívose escuchando. Un ruido sordo, un chis-chas de armas lejano procedía de la calle Mayor.

—He aquí la tropa y la guardia nacional,—dijo con tono grave.

Alejóse aprisa, después de haber estrechado la mano de Mario, el cual volvió á subir al lado de Josefina. Martelly y el padre Chastanier se dirigieron á la barricada de la calle Mayor; detrás de ella colocóse Felipe.

Otra vez prodújose el silencio, y en medio de ese fúnebre silencio, oíanse los pasos pesados de los soldados. Los insurrectos, agachados, ocultos, esperaban,